

Séptimo Domingo del TO C2022

Las lecturas de este domingo hablan de construir relaciones con Dios y los semejantes. Muestran que la honestidad es una de las cualidades más importantes en las relaciones humanas. Nos invitan a la práctica de la honestidad y la sinceridad en nuestras relaciones con los demás.

La primera lectura describe el lenguaje humano como revelador de los pensamientos escondidos en el corazón de alguien. Compara la veracidad de un hombre a un árbol que puede reconocerse por sus frutos.

Lo que este texto nos enseña es que lo que alguien dice revela la abundancia de su corazón. También existe la idea de que el resultado del discurso sin honestidad es la hipocresía.

Este texto nos ayuda comprender el punto que Jesús hace en el Evangelio de hoy. El Evangelio comienza con Jesús diciéndoles a sus discípulos que un ciego no puede guiar a otro sino caigan todos en un pozo. Luego, informa sobre la denuncia de Jesús de los que están dispuestos a corregir a otros sin corregirse primero a sí mismos. El Evangelio termina con la afirmación de Jesús de que un árbol malo no puede dar buenos frutos, y viceversa.

¿Qué aprendemos del evangelio de hoy? Hoy quiero hablar del lenguaje humano como espejo de la persona y puerta de la relación con Dios. Permítanme comenzar con una observación muy simple. El lenguaje humano juega un papel importante en nuestra relación con los demás. Porque, tiene un papel importante, es susceptible de revelar quién es la persona con la que estamos tratando; si es digno de confianza o no; si es fiable o no, etc.

Con solo hablar con una persona, sin siquiera examinar el lenguaje corporal, podemos determinar su cultura, su temperamento, su profesión, sus valores morales, etc. Sin embargo, no todo lenguaje es honesto y refleja a la persona real. Ocurre muy a menudo que las personas ocultan la verdad de quienes son o de lo que piensan ofreciendo una falsa imagen de acuerdo o de sí mismos. Sabemos que esto es cierto cuando las personas usan el lenguaje de la diplomacia o la adulación que no refleja la verdad que está en sus corazones.

Es este peligro del doble lenguaje que Jesús denuncia en el Evangelio de hoy. Para Jesús, solo la honestidad entre nosotros puede ayudarnos a construir una verdadera comunicación y relaciones correctas entre nosotros. Siempre que no hay un lenguaje unificado que exprese la verdad que está en el corazón, lo que se hace es hipocresía.

Si este es el caso, entonces, hay una pregunta: ¿qué podemos hacer para evitar la hipocresía? ¿Cómo podemos llegar a ser honestos en nuestro trato con los demás? Jesús propone un triple camino que puede ayudarnos a alcanzar tal objetivo.

Primero, hay la conversión del corazón. La conversión significa un cambio. Puede ser un cambio de corazón, mentalidad o comportamientos. Significa la búsqueda de la verdad, un cambio de sentido para que encontremos la dirección correcta que pueda ayudarnos a vivir con sinceridad y construir relaciones honestas con Dios y con los demás.

Jesús formula este camino a través del ejemplo de un ciego que guía a otro ciego. De hecho, un ciego es una persona enferma que, por la falta de la vista, no puede ver por dónde va. Si bien es cierto que al perder la vista una persona puede desarrollar otros sentidos, también es cierto que es imposible que un ciego guíe a otro ciego. De lo contrario, el final de la historia será catastrófico. Si un ciego finge estar sano fingiendo ver, pone en peligro su vida y la de los demás.

En otras palabras, tenemos que cambiar si queremos convertirnos en personas honestas y confiables. Sin conversión, nunca seremos buenos discípulos de Jesús. Necesitamos reconocer

nuestras carencias, buscar la mejora y la sanación; de lo contrario, seremos un peligro para nosotros mismos y para los demás.

La segunda vía es la autocrítica. La autocrítica significa un diálogo interior con nosotros mismos para encontrar las fortalezas y las debilidades dentro de nosotros. Significa la capacidad de evaluarnos a nosotros mismos mirando dentro de nosotros para que lleguemos a ver nuestras fallas y nuestras cualidades. Por último, la autocrítica es la capacidad de juzgarse a uno mismo antes de juzgar a los demás.

En este sentido, la autocrítica es una condición previa para la superación y el crecimiento espiritual y personal. Solo cuando miramos valientemente dentro de nosotros mismos e identificamos nuestros errores, podemos comenzar el viaje de corregirnos o al menos minimizar nuestras fallas para convertirnos en una mejor persona.

Cuando las personas critican a los demás sin autocrítica, terminan en la hipocresía. Cuando establecen estándares altos para los demás y no hacen lo mismo con ellos mismos, se convierte en simple hipocresía. Esto es lo que Jesús está diciendo, “¿Por qué ves la paja en los ojos de tu hermano, yo no la viga que llevas en los tuyos”?

Además, nuestra crítica de los demás puede ser cierta, pero cuando se hace sin juzgarnos a nosotros mismos, se convierte en fariseísmo y auto-justificación. El fariseísmo y la auto-justificación, a su vez, conducen al mecanismo del chivo expiatorio en el que proyectamos nuestras faltas en los demás porque queremos ignorar nuestras responsabilidades.

Cuando Jesús nos está invitando a mirar primero la paja en nuestros ojos, no significa que no podamos criticar a los demás. Al contrario, lo que quiere es que tomemos conciencia de nuestras cicatrices y nuestra oscuridad. En lugar de centrarnos solo en los demás, primero tenemos que mirarnos a nosotros mismos y ver qué tenemos que cambiar para construir relaciones honestas y sinceras con Dios y los demás. Una cosa es la honestidad y la crítica constructiva; otra es una crítica plana y destructiva.

La tercera vía es la transparencia. La transparencia significa una falta de agendas insinceras y una búsqueda de las motivaciones honestas. Significa también hablar la verdad del corazón. Como un buen árbol se reconoce por sus frutos, así se reconoce a un hombre por sus obras. Así como el bien viene del bien, el mal viene del mal.

Para que nuestras palabras y nuestras obras sean buenas, deben provenir de un corazón puro y bueno. Las palabras de un hombre fluyen de lo que llena su corazón. Lo que lleva a la pregunta, ¿qué llena nuestro corazón? ¿Qué tipo de corazón hay detrás de la forma en que criticamos a los demás?

La forma en que ofrecemos críticas depende de la condición de nuestro corazón. Si la bondad está ausente de nuestro corazón, hay un problema. Cuando lo que decimos proviene de un intento genuino de ayudar a los demás, la gente nos escuchará. Pero, si dudan, no nos escucharán. Es imposible hacer las obras de Dios a menos que poseamos el corazón de Dios. Oremos a María para que abra nuestro corazón como lo hizo ella al fuego del amor de Dios y nos atraiga a cada uno de nosotros al Corazón de su Hijo. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Eclesiástico (Siracide) 27: 5-8; 1 Corintios 15: 54-58; Lucas 6: 39-45



Fecha de la Homilía: el 27 de Febrero, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20220227 homilia.pdf